

Sinceramente. (Crítica).

Anónimo



Capítulo 1

Uno es un magnífico verdugo de sí mismo a la hora de juzgarse, o demasiado auto complaciente, y no acostumbra a ser ecuánime. Les ocurre igual, imagino. Iré al grano.

Creo que no me manejo mal al escribir. Quiero decir: sé escribir, lo que significa que, sin alcanzar excelencias, obviamente, no encuentro demasiados problemas a la hora de expresarme con la palabra. Por supuesto, el cansancio o el estado de ánimo dictaminarán en gran medida el resultado de cualquier texto, por inspirado que pueda estar, pero, en definitiva, logro en gran medida lo que pretendo. Y no quiere esto decir que no necesite editar, lo que me urge tanto como al que más, y así seguirá siendo por siempre, me temo. Tampoco me libro de vicios o defectos, como el resto de ustedes. Sí, ustedes. Porque sepan que en este sitio, como en otros tantos, hay gente que narra extraordinariamente bien, llegando a ponerme en mi verdadero lugar, que está por debajo del que quisiera. ¿Pensaban que me echaba flores? En absoluto. Sé que escribo bien, lo que es agradable, no lo niego. Me ha costado llegar a aceptarlo, con esa manía que tenemos muchos de tirar por los suelos lo que hacemos. Pero eso no me hace ser un magnífico escritor, que ya quisiera el gato lamer el plato. Sólo me hace ser uno más entre muchos. De mitad de nivel en el mejor de los casos y compartiendo tal honor con otros cientos de por aquí, puede que miles, sospecho. Y lo digo con toda honestidad. Y también sé que a muchos de ustedes les sucede lo mismo. Saben, en su fuero interno y sin que esto les haga ser unos egocéntricos, que escriben de un modo excelente, no obstante hay algo, un pero, que les hace pensar que les falta algo para subir el peldaño en el que se encuentran. Ya no les llena como antes un simple comentario de aliento que no esté acompañado de alguna observación de la que sacar provecho, como buenas víctimas del perfeccionismo que, como yo, son. Se agradecen, claro que sí, pero no colman las ansias de saber qué es lo que no vemos que otros, unos pocos, sí que ven. Es una necesidad que, de no ser satisfecha o domada, puede llegar a consumir el ánimo de los más exigentes consigo mismos, llegando a abandonar por puro agotamiento. Saber escribir está bien, pero no me hace ser bueno narrando. Tampoco a ustedes, a muchos de ustedes. Tengo mis momentos, como todos, pero, a mi juicio, adolezco del mismo defecto que la gran mayoría de aquellos a los que, escribiendo con gran soltura y siendo también aspirantes, he leído. No pongan esa cara. No se hagan los sorprendidos. Saben que hay algo que no encaja del todo, y no es lo que cuentan. No. No es lo que cuentan, sino cómo lo cuentan. Por algo somos escritores aficionados antes que nóveles. El gran mal que padecemos, el que padezco, es el de poseer una prosa descuidada, perdiéndome en explicaciones excesivas que bien podrían ser dichas de un modo menos tedioso para el lector, al que ocasionalmente obligo a dar vueltas innecesarias. Tienen este escrito como ejemplo. No busquen más. O busquen si les place.

Sí. Por supuesto. A veces he logrado relatos cortos, o fragmentos nada más, con lo que se dice una prosa cuidada, usando las palabras adecuadas y los tiempos correctos, ¡pero quién no encesta en la papelera una arrugada pelota de papel de cada diez intentos! Lo común, siendo honesto, es dejar salir lo que va apareciendo, sin moldearlo, olvidando que nuestra pretensión, al menos la mía, es la de ser artesano de la palabra, lo que nos obliga, me obliga, a detenerme y dar forma a todo aquello que creo, quitando lo que sobre y añadiendo lo que falta. Pero claro, ¿qué diablos es lo que sobra y qué lo que falta? Y en esas estoy, como muchos de ustedes, aprendiendo a descubrir qué es lo que sobra o falta en lo que escribo. Sólo el tiempo, la dedicación y mi talento, el que tenga, dirán si seré capaz de tal hazaña que, no se engañen, está sólo al alcance de muy pocos, que artistas muchos hay, pero no todos son notorios, menos aun genios.

Por supuesto, algunos están por encima. Tienen un talento natural para las letras y sus enigmas. Entienden la literatura y la sienten como nadie. Siempre hay algún fuera de serie. Es así, por fortuna.

No se molesten por este escrito. No permitan que su ego grite enojado desde las oscuras profundidades en las que reside, susurrándonos constantemente al oído que hay un valhalla aguardándonos, que somos el elegido. Le necesitamos, sin duda, pero no grande, que no nos cabe, sino del tamaño justo para no hacernos daño al caer y que evite que nada que nos caiga encima pueda aplastarnos. ¿Conoce alguien la justa medida? Me lo temía.

Somos muchos, no lo olviden. Muchos y con la misma pretensión, por más que con un manto de falsa humildad aseguremos que sólo pasábamos por aquí. Admítanlo. Admitámoslo todos. Seamos honestos, que quien nada busca no tantea. Y tantos que somos, anhelando ser leídos y aceptados, encumbrados, no nos reconocemos en el resto, a quienes no correspondemos con la misma moneda cuando su tiempo y esfuerzo nos dedican. Y actuando así nos preocupa que nadie nos descubra, como si el destello que emana de nuestras obras debiera atraerlos a todos, como hace la luz con los insectos. Olvidamos que estamos entre escritores que quieren ser leídos, no entre lectores anhelando leernos. La ausencia de generosidad es la primera condena que padecemos, y es la primera en poner el cerrojo a nuestro arte, que piernas no tiene y no camina solo. Demasiadas palabras para buenos entendedores.

Como prueba de lo que digo, probablemente sirva este mismo texto, del que me temo no llegue a tantos como somos.

Cúidense y persistan en lo que les gusta, que es escribir. Tenemos mucho que aprender. Quizás alguno lo logre.

Suerte.